

Celaya: «La poesía es un arma cargada de futuro»

Julián Santos Guerrero

Doctor en Filosofía.

Han pasado cuarenta años desde que se escribieron las palabras que encabezan este artículo. Han pasado tres desde la muerte de su autor (el 18 de abril se cumplen), un nombre que no se encuentra en los registros civiles porque él mismo se lo puso, Gabriel Celaya —a él le pusieron Rafael Múgica—. Da igual... ambos están muertos y esto es un escrito *in memoriam*, es una misiva que no va dirigida a alguien, sino a nuestra memoria, a la huella dejada en las mentes por los trazos escritos en un papel, por unas fotos o por la imagen hecha de lo que «entonces» era un «poeta social». Ya nadie responde al reclamo de su firma, y la «poesía social» se ha pasado de moda, pasada como las banderas que la levantaron, como el manojo de ideas que la tuvieron por expresión apasionada, si cabe, por «arma». Este escrito, pues, se dirige a los fantasmas, a aquellos seres no reales que algunos creen ver, a aquella figura del muerto que se aparece a los vivos y, más filosóficamente, a las imágenes producidas por la mente. Retoma el fantasma de la «poesía social» en la hora en que se dice que las ideologías han muerto y actúa, en el plano siempre fantasmático de un escrito, sobre otro escrito: «La poesía es un arma cargada de futuro», poema de *Cantos Iberos*, libro de Gabriel Celaya.

El poeta daba allí forma a una obsesión, gritaba una rotunda evidencia que ya hoy parece reducida a un simple objeto de estudio, a la intrincada complicidad mantenida entre la historia de España y la de su literatura. Exigía, entonces, una voz para decir quién se es:

digo quién soy, quiénes somos.¹

Su poesía «de urgencia» decía adiós a la poética belleza, a «los bellos productos» líricos, para comprometerse «hasta mancharse» en una realidad que se moldeaba con el miedo y el silencio, que escapaba a la tediosa vida cotidiana colgándole un disfraz de fantasía:

¡Disfraces de fantasía para unos pocos que imperan / y aburridos uniformes para unos hombres sin más!²

Con ello, el poema se convertía en un arma que rasgaba el velo del fantasma, que denunciaba la miedosa uniformidad diaria y señalaba la inocencia de quienes debían mirar hacia adelante «dejando a los muertos que entierren a los muertos».

Instalado en el interior de una realidad «corporal» que para el poeta era España, la poesía tomaba el cuerpo del cantor y libraba el combate entre el individuo y lo social, entre la sangre, pulso ciego de una memoria arcaica

que nos obliga, y el futuro que nos corresponde, entre lo nuevo que se inventa y lo más estrictamente necesario; ponía por obra un ejercicio que, como un «físico misterio» amoroso, excede las fronteras y da lugar a los contendientes como tales entidades. De ahí la conciencia del que se sabe constituido por aquella «entraña-España» y siente la necesidad de construir el «cuerpo social» como irrenunciable mandato íntimo a «ser quien se es»:

Porque me has hecho el que soy, / porque debo reinventarte y hacerte ser ahora, aquí, / España, a ti.³

Ese arma que desgarraba el velo del fantasma, empuñada en el feroz cuerpo a cuerpo que es vivir, necesaria para ser y provocadora de actos, grito en un tiempo de miedo y neutralidad, la poesía, decía Celaya, «es un arma cargada de futuro».

* * *

Aquella «urgencia», su fijación a un marco espacio-temporal tan concreto, proponía obligatoriamente su fugacidad. Eso explica que su libro, leído en gran parte por aquellos que «creían» en un futuro «social», siga hoy sometido a la lectura «ideológica» y condenado, pues, al ámbito fantasmático de lo «histórico-literario», lugar mortuario donde viene a

encontrarse con las «ideologías». Por eso mi intento quiere recuperar del olvido a un fantasma, (*in memoriam*), repensarlo, leerlo, volver a pensar lo *siempre ya pensado* en la poesía, porque, como decía aquel libro:

*lo que importa del pasado se ha hecho sangre en nuestro cuerpo.*¹

En el texto de Celaya se contienen claves que arrojan luz sobre una forma de entender lo social que resiste el dominio de la «Sociología» y entregan este fenómeno a una operación corporal de «expansión». Se piensa lo «Ibero» como una necesidad arcaica y conformadora en la que se encuentran lo físico, incluso lo geológico, más allá de la «Historia» y sus interpretaciones, en un espacio donde no hay nombres, donde se origina la lengua como soporte de «realidad» y desde el que se requiere al hombre el ser tal: ser quien se es. Sería interesante determinar estos aspectos, ensanchar en un estudio más minucioso el simple apunte aquí referido, pero la «urgencia» de nuestro escrito no nos permite hacerlo en él, sólo quiere, como toda urgencia, agarrarse al hilo del tiempo, tomar como propio un lanzamiento, una «puntería»:

*Tal es mi poesía (...). Tal es, arma cargada de futuro expansivo / con que te apunto al pecho.*²

Conminados, amenazados por la poesía, apuntados por el futuro que guarda en su recámara, se nos obliga a desprendernos de nuestro capital, de la acumulación de ideas, de conceptos, de frases, de imágenes, de «realidades» (de todo orden) que nos proporcionan la seguridad suficiente para no extrañarnos de

nuestro tiempo, para poder habitarlo en su confortable previsión que anula cualquier sorpresa. De hecho, sólo se ve aquello que ya se ha visto y sólo se oye aquello que ya se sabe; cualquier nueva línea escritural (verso) puede ser siempre interpretada en términos viejos, en el margen contenido en una creencia consoladora a la que defender o atacar con otra, en el marco de una esperanza que, rechazada o rubricada, nos afirma personalmente. Sólo cuando

*ya nada se espera personalmente exaltante,*⁶

«cuando se miran de frente / los vertiginosos ojos claros de la muerte

pueden decirse los poemas, tiene lugar la poesía, que exige el desprendimiento, amenazando a bocajarro con el devenir como arma. Allí, en esa actitud de absoluta disponibilidad, desamparados de un sistema protector y providente, el futuro alcanza su dimensión (o mejor, su falta de dimensión, su nada) despliega ante nosotros el arriesgado tablero que no podemos ver, y exige la determinación afirmante de nuestro existir, ser o no ser quien se es,

fieramente existiendo, ciegamente afirmando, / como un pulso que golpea la tiniebla

elegirse (*sufrirse, gozarse, vivirse, morirse*) o echar mano de los modelos *prêt à porter* dispuestos por la «cultura» al uso; hacer propio lo que nos viene o manifestar la neutralidad del que no soporta la carga. Así, la poesía es para el pobre, para el desposeído, es algo necesario a su ser, como el pan, como el aire:

Poesía para el pobre, poesía necesaria / como el pan de cada día

Extrañamente compatibles libertad y necesidad.

Un poema siempre encierra un *versus*, un contra, pone al aire una negación y traiciona lo evidente, lo que ve la «mayoría» de su tiempo; es siempre intempestivo, preñado de futuro, por eso, transitorio, actual, efímero. Rasga el velo del fantasma, «cultura», y a la vez permanece en su interior revitalizándola, convertido, él también, en un fantasma inocuo, esperando que otro ponga a punto su amenaza, empuñe nuevamente el arma, su arma cargada de futuro. **A**

Notas

1. Gabriel Celaya, *Cantos Iberos*, Turner, Madrid, 1975 (5ª edición 1977), p. 42.
2. Op. cit., p. 56.
3. Op. cit., p. 13.
4. Op. cit., p. 46.
5. Op. cit., p. 58.
6. Las frases textuales que aparecen de aquí en adelante están recogidas en el poema «La poesía es un arma cargada de futuro» en op. cit., pp. 57-58.